

leer seguidas tres excelentes piezas líricas? ¿Es que en una velada de personas decentes, razonables y sanas, de personas de dinero, de sentido común y de salud, se pueden leer tres poesías seguidas? ¡Pues si usted cree eso, es usted un solemne mentecato!

—¡Pero, por Dios!...

—No hay Dios que valga. Y como he olido— porque estás cosas de cocina se huelen— como he olido que á ese embutido poético que me trae usted ahí le falta aún el remate, me voy antes que quiera usted empapizármelo. Y ahora ahí queda usted solo, y puede terminar su dichosa poesía, recitándosela á la luna.

Porque era de noche ya. Y el hombre se fué, dejando solo al poeta. El cual, ¡claro está! declamó á la luna, diciendo:

Recuerda, pues, ó sueña tú, alma mía,  
—la fantasía es tu sustancia eterna—  
lo que no fué;  
con tus figuraciones hazte fuerte,  
que eso es vivir y lo demás es muerte.



### CONVERSACIÓN III

**E**s un hervidero; no hay manera de entenderse. Cada uno dice su cosa, todos hablan á un tiempo y nadie se entiende ni entiende á los demás.

—Acaso así sea mejor.

—¿Cómo?

—Sí, del caos salió el mundo. Y todo pueblo cuando está despierto entra en un período caótico. Toda esta agitación es nuncio de algo; lo peor sería que nadie se agitara.

—Pero, si apenas si entiende nadie...

—Eso es muy cierto. Y tal vez dentro de cien años, si algún paciente historiador estudia esta nuestra agitación actual venga á parar á que coincidimos muchos de los que hoy creemos estar contrapuestos. Hay modos de expresar el mismo anhelo con palabras no ya distintas, sino hasta opuestas.

—Pero lo peor, mira, es que parece que muchas gentes no sólo no entienden, sino no quieren

entender. ¿Sabes las cosas que me atribuyen como si las hubiese dicho en aquel discurso que hace ocho días tú mismo me oíste?

—Y es natural, amigo, que así suceda. No se puede ni se debe hablar en un lenguaje demasiado personal á un auditorio colectivo. La oratoria no puede ser lírica. A una colectividad hay que hablarla en lenguaje colectivo. Píndaro no hubiera podido producir los efectos de Demóstenes, que tan parco era en metáforas.

—Pues el Evangelio...

—Sí, te entiendo: la oratoria evangélica, que tú estimas, y yo no, el modelo de oratoria, se compone toda ella de metáforas, parábolas y paradojas. Por eso es tan mal entendida y peor interpretada. Desengáñate; los espíritus líricos estáis en minoría.

—Por fortuna...

—O por desgracia. Y no te quejes de que te hayan interpretado mal.

—Pero, si...

—Mira, una vez San Antonio de Padua, el gran taumaturgo, satisfecho del buen resultado que había obtenido con aquel su famoso sermón á los peces del mar, decidió predicar á los peces de un hermoso río, y deteniéndose á orillas de éste, junto á un remanso, puso por obra su propósito. Los peces le oyeron con atención y en silencio.

—No hay, en efecto, auditorio ni más discreto ni más silencioso.

—Pero que se entera, me consta. Sólo que el bueno de San Antonio no cayó en la cuenta de que además de los peces había también, formando parte del auditorio, algunas ranas...

—Estas no son ni tan discretas ni tan silenciosas como aquéllos.

—En efecto, la rana es vocinglera y es indiscreta. El pez oye para enterarse, se entera y calla, pero la rana oye para enterar á los demás, esto es, para no enterarse ella, y va luego por ahí croando lo que oyó.

—Bueno, dejémonos de digresiones, y prosigue. ¿Qué le pasó á San Antonio?

—¡Qué había de pasarle, hombre! Que al poco rato acertaron á pasar por allí unos caballeros y noticiosos del sermón del santo, preguntaron á su auditorio qué es lo que había predicado. Los peces, como es natural, se callaron, pero las ranas, tomando al punto la palabra, informaron á los caballeros de que el santo había dicho: ¡Cro, cro, cro, cro! Y de aquí proviene la tan famosa leyenda de que una vez San Antonio de Padua predicó diciendo: ¡Cro, cro, cro, cro! Cada cual traduce lo que oye en su propia lengua, y en la suya tradujeron las ranas. No te quejes, pues, de que se te haga decir lo que no dijiste.

—De lo que me quejo es del lenguaje de las ranas y de la simplicidad de la comprensión.

—¿Cómo? ¿qué es eso?

—Me quejo de que lo quieran todo someter al simplismo de su comprensión.

—Mira; á un auditorio no le caben por lo general, más de tres ó cuatro ideas por hora y el arte del orador consiste en darle á cada una de esas ideas cuatrocientas vueltas.

Un buen orador es ante todo y sobre todo un parafraseador. Es menester dar tiempo á que el público se vaya enterando. Si se le echan demasiadas cosas á la vez ó de seguido no es posible que se entere. Se pueden tragar diez, doce, quince ó veinte almendras por minuto, pero no se puede mascar otras tantas en igual tiempo. Es distinto cuando se escribe. Lo escrito puede el lector leerlo al paso que mejor le acomode y releerlo y detenerse en cada párrafo cuanto le convenga. El orador político. . .

—¡Ah, el orador político! Es que el orador político, amigo mío, se encuentra en una actitud privilegiada. Dirígese casi siempre á un público que ó concuerda con sus ideas ó discrepa de ellas; el caso es igual.

—¿Cómo es igual el caso?

—Claro está, porque tanto en uno como en otro presumen ya lo que va á decirles. En cuanto un político se levanta á hablar, sea en un par-

lamento, sea en un mitin ó asamblea, sabemos ya de antemano que es lo que en sustancia nos va á decir, según el partido á que pertenezca ó el mote que lleve. El público de mitin va á oír lo que ya sabe que han de decirle. El orador político no hace sino parafrasear lo que su auditorio piensa ó contradecirlo. Pero cuando te levantas y dices cosas que no esperaban ni presumían, cosas acaso en que jamás pensaron ó por lo menos no las pensaron como las piensas tú, entonces estás perdido para con las ranas, ya que no para con los peces. Entonces dirán que no dices sino paradojas, que eres incoherente ó que te contradices. Y la contradicción suele estar en sus cabezas y no en la tuya. Y en cuanto á las paradojas. . .

—Sí, ya sé lo que me vas á decir y es que eso que el vulgo de las ranas llama paradojas no son sino las novedades.

—En efecto. No recuerdo en cual de sus escritos, pero sí recuerdo que en alguno de ellos nos dice el sutilísimo Bagehot que cuando un inglés de tipo medio dice al oír algo: ¡en mi vida he oído semejante cosa! cree haberlo refutado. Y figúrate cuantas cosas no han de parecer paradojas á públicos como los que por acá nos gastamos acostumbrados á toda la simplicidad de concepción mental que produce la educación sectaria, ya sea de un extremo, ya del otro. Las

palabras mismas han adquirido una significación sectaria en puro no usarlas, sino las sectas. Y el que pretenda dar á los conceptos su valor más íntimo y más real correrá el riesgo de que le tengan, si no por un desequilibrado, por un exhibicionista, por un hipócrita, por un ecléctico. Figúrate, una vez un amigo nuestro dijo que había que descatalogar á España y volverla al espíritu de sus místicos, de un San Juan de la Cruz, y no fué poco lo que tuvieron que decir de tan tremenda paradoja.

—Y con justicia. Porque ese nuestro amigo se calló su opinión equivocada ó acertada, de que en los místicos, aunque ortodoxos, se inició algo que hubiera podido llegar á ser la Reforma española si la Inquisición no lo ahoga y se calló la distinción entre el catolicismo popular ó español y el eclesiástico ó romano.

—No, no es eso. Es que en el fondo á muchas gentes no sé si les irrita ó los asusta todo lo que les huele á religión, sea ello como fuese. Tú te acordarás de aquel nuestro amigo republicano que como en un mitin de su partido se le escapara la fórmula de: «y Dios no quiera que...» no faltaron oyentes que exclamaron por lo bajo: «Dios... Dios... ¡vaya un republicano!» Por eso te decía que en esta confusión los hombres no quieren entenderse.

—Demasiado que se entienden, amigo. En el

fondo, créemelo, se entienden muy bien. Lo que hay es que hay cosas que no puede decirse.

—¿Cómo que no puede decirse?

—Sí, que no puede decirse sin molestar. Hay puntos de vista que hemos declarado tácitamente intangibles. Si á un pueblo, pongo por caso, que está preocupado de su prosperidad material, de su adelanto en industrias, artes y trabajos, de su civilización, en fin, vas á querer darle la tabarra con la cancioncilla del fin último del hombre, te tomará por un redomado reaccionario y dirá que por mucho que te disfraces de progresista no eres más que un neo, un ultramontano, un clerical...

—Pero, ¿qué tiene que ver el clero con eso?

—Sí, sí: bien lo sé. Es más, por regla general el clero, maldito si se preocupa tampoco de semejante problema. Es un honorable gremio que vive de su oficio lo mismo que el carpintero de hacer mesas ó el sastre de cortar trajes. Pero me temo que el día en que deje de haber clero —si es que llega día en que deje de haber clero de una ú otra clase...

—Hombre, ¿y lo dudas?

—Sí, lo dudo. Porque si el clero católico desaparece de nuestra patria será para ser sustituido por el clero cientificista, no menos clero y no menos clerical que aquél, el cual, tendrá sus dogmas, y hasta su calendario y su liturgia.

34117

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MEYES"  
1325 MONTERREY, MEXICO

Augusto Comte, que era un alma eclesiástica, lo vió muy claro. Y te digo que si llega un día en que deje de haber clero aun seguiría habiendo clericales. Por lo menos los otros llamarían así á todo el que les molestara con problemas de esos que no deben plantearse siquiera.

—Y ese estado de cosas. . .

—Lo curará la ciencia, ¿qué duda cabe? El otro día leí un desdichadísimo soneto que acababa con este monumental verso:

Murió la Religión! paso á la Ciencia.

No se le ocurrió al autor de este pensar si eso que él llama ciencia no es otra religión del mismo género que la que él desea que desaparezca. No una religión en el buen sentido, porque, en efecto, la ciencia, la verdadera ciencia, puede ser y es una religión. ¿Acaso hay mejor manera de honrar y dar culto á Dios que investigando humilde y sinceramente en los secretos del universo en que se nos manifiesta? Pero así como hay una superstición religiosa, hay, ya lo sabes, una superstición científica.

—Tu estribillo.

—Mi estribillo, sí. Superstición, «superstitio», equivale en el rigor del vocablo á lo que queda, lo que resta, poso, escoria, escurridura ó escurraja. Es el limón después que fué estrujado del jugo que contenía; es el despojo de toda ciencia

ó toda doctrina; es algo que persiste cuando la vida que lo animaba se fué. Y hasta los más grandes principios de las ciencias, sus principios vitales, cuando llegan al vulgo sectario no suelen ser sino escurriduras, escorias, posos, saborra. Aquel santo y sabio hombre que se llamó Darwin, espíritu sereno, ecuánime y magnánimo si los ha habido, debió de sufrir sin duda por la necia guerra de dicterios, burlas é inepticias que los teólogos, tanto católicos como protestantes, armaron contra él; pero no sufriría menos al ver qué uso hacen de sus nobles y meditadas enseñanzas los ateólogos y los sectarios del otro extremo. En sostener y defender que el hombre no puede venir de un mono pusieron los teólogos aquellos un ardor y un empeño que nada tenían que ver con el amor á la verdad, y en sostener y defender que del mono viene el hombre suelen poner muchos de estos otros un ardor y un empeño también que tampoco tiene nada que ver con el amor á la verdad. Ni unos ni otros pelean por la verdad.

—Y es natural que así sea. Porque dígase lo que se diga no es la verdad, sino la ilusión del deseo, lo que nos hace vivir. Y lo primero es vivir. Y como vivimos en la lucha, de la lucha, por ella y para ella, lo principal es la bandera de combate. Unos y otros defendieron y defienden el estandarte de su batallón respectivo.

—Pues si es así te confieso que lo mejor es que me calle en adelante.

—Pero, ven acá, petulante, ¿es que acaso tú en todo lo que dices y escribes haces otra cosa que defender tu estandarte, aunque éste sea solamente tuyo? ¿Es que por ir solo, ó á lo menos por creer ir solo, dejas de formar también batallón, grupo, pandilla, cotarro ó secta? ¿No te has parado á pensar nunca si en el fondo todo lo que haces no es sino predicarte á tí mismo? ¿Tienes derecho á quejarte de que no se te entienda y se te interprete mal cuando tú, por tu parte, apenas te cuidas en averiguar qué es lo que les duele á los que han de oírte, tan hombres como tú?

—Si son hombres no puede dolerles si no lo que á mí me duele. No necesito meterme en ellos; me basta sumergirme en mí mismo para encontrarlos. Las raíces comunes las lleva en lo profundo de sí mismo cada uno de nosotros. Por lo mismo que ellos son tan hombres como yo, soy yo, á mi vez, tan hombre como ellos. Y sé, lo sé, lo sé perfectamente, que lo que á mí me duele é inquieta les duele é inquieta á ellos, tiene que dolerles y que inquietarles. Y respecto á ese cargo, si es que como tal me lo haces, de que no hago sino predicarme á mí mismo, no te lo niego.

—¿Pues éntonces?...

—Pues entonces, ¡sí! Es lo que hace falta, predicar al hombre concreto, tangible y visible, al de carne y hueso y corazón y cabeza, al que sufre, y no al hombre abstracto de los sociólogos y antropólogos; al hombre concreto, como yo, como tú, como aquél, como cada uno de los que me oían. Porqué cuando se habla á una colectividad se ha de hablar á la colectividad misma, como tal, y no á cada uno de sus miembros? Porqué no ha de escribirse no ya para el público sino para el lector concreto, personal y aislado?

—Sutilezas...

—No, no son sutilezas; no lo son. Porque si amo algunos libros son aquellos en que siento que su autor, el que acaso murió siglos antes de haber yo sido engendrado, se dirigía á mí, á mí personal y concretamente, á mí en confianza. Me lo has oído mil veces, aborrezco los hombres que hablan como libros, y amo los libros que hablan como hombres. De aquí mi horror á esos á quien la gente suele llamar sabios.

—Es que hay sabios...

—Sí, hay sabios y sabios. No vayas ahora á creerme tan simplista como ese vulgo ineducado y batrácico contra el que me revuelvo. Entre nosotros no hacen falta definiciones.

—No la hacen en general entre todos aquellos que discuten ó siquiera conversan de buena fé.

—Ahora, por fin, amigo, dijiste la palabra: ¡de buena fe! ¿crees que cabe buena fe en un campo de sectarios, blancos los unos, rojos los otros y negros los de más allá? ¿Crees que cabe buena fe entre teólogos y ateólogos, entre clericales y científicos?

—Pero esa indeterminación, ese no concluir, ese oscilar, ese imaginar sin concretar conceptos, ese...

—Sí, esa bruma.

—Tal vez.

—Pues bien, dejemos por hoy á la bruma. Me siento fatigado. Mi corazón exige reposo. De todo eso hablaremos otro día.

—Pero para concluir...

—No, no concluiremos nunca. Nunca, nunca, nunca; no lo olvides, nunca. «Never, never, never more,» como el cuervo de Edgardo Poe.



## A MIS LECTORES

**S**í, ya lo sé, no soy simpático á todos los que me leen; tal vez no lo soy á los más de ellos. ¡Qué le vamos á hacer!... Mientras me lean... Porque eso sí, prefiero no serles simpático y que me sigan leyendo, á no que siéndolo me dejen de leer. La simpatía se cobra muchas veces á costa de la autoridad y del respeto. Os confieso que no estimo cosa muy apetecible el hacerse un escritor simpático. Es tal vez el principio del descrédito, del hondo descrédito, que no por dorado y encubierto deja de serlo.

Sí, ya sé, que no soy simpático, que tal vez he llegado á hacerme antipático á muchos de los que me leen, y á pesar de esa antipatía ó más bien que á pesar, á causa de ella, siguen leyéndome.

Hacé poco me escribió un amigo y paisano de esa, un vasco, diciéndome que aunque muchas veces no participa de mis opiniones, me lee porque le concito ideas por reacción. Y yo me doy por muy satisfecho con esto, con susci-